

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Sahemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

Esta Asociacion no solamente esquiva sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningun partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

UN TRIENIO REVOLUCIONARIO.

Como la tierra al rededor del sol, hemos dado ya la tercera vuelta, libres ó atados, de buena ó de mala gana, al rededor de esa memorable fecha de hoy, para unos padron de gloria, para otros picota de ignominia; y al pasar por delante de ella, en el punto de descubrirla de frente, no podemos menos de saludarla. Ha llegado al trienio la revolucion, esa única verdadera magestad que reina en España, ese poder único que convienen en admitir y reconocer sus autores y adherentes desacordes en todo lo restante: ¿y no habíamos de solemnizar su cumpleaños? Fijos los ojos en la *degradacion* política de nuestra patria, conmemoré el primero ⁽¹⁾; consolándome con el vigor social que mantiene esta, en paralelo con la vecina Francia, á prueba de infortunios y de trastornos, demostré ya en el *segundo aniversario* la paralización é infecundidad completa de aquel movimiento ⁽²⁾: observaciones que partiendo de diferente punto nada tienen en sí de contradictorias, porque si débiles como nacion sufrimos las consecuencias de instituciones impuestas y de gobiernos opresores, fuertes por otra parte afortunadamente como sociedad, derivamos aun nutritivo jugo de los principios morales y doctrinas religiosas que neutralizan la accion disolvente de las nuevas ideas. Cabalmente

por el concurso de estas dos circunstancias es como se esplica la duracion prolija y la impotente existencia de esa mal llamada revolucion, que vive y no obra, que se agita y no marcha, que manda y no gobierna.

Es indudable que su longevidad, puesto que en situacion tan violenta equivalen á años las semanas, ha engañado no solo las esperanzas de los adversarios, sino los temores de los amigos, con harta razon mal seguros de poderla sostener; y que si ochenta hombres de cada ciento hubieran apostado en el primer año que no llegaria al segundo, ya no serian cincuenta en el segundo los que afirmasen lo mismo respecto del tercero, ni tal vez veinte y cinco en este los que aventuraran iguales pronósticos para de aquí al cuarto. Las predicciones de su fin se hacen de cada vez mas arriesgadas, sin que por esto aumenten sus probabilidades de vida ni mejoren mucho menos sus condiciones de salud. La maravilla está en que haya podido montarse y funcionar siquiera por un mes lo que es tan anómalo y efímero; puesto en pié por espacio de uno y dos años, no hay imposibilidad de que permanezca otros tantos y aun doble número. No importa para ello consolidarse y echar raices; lo que se aguanta por equilibrio, así se queda indefinidamente, mientras un impulso extraño ó siquiera un leve soplo no lo derribe. Y el soplo y el impulso vendrán mas ó menos tarde; pero en ese estado de impasible y sepulcral

⁽¹⁾ Núm. 31 tom. I.

⁽²⁾ Núm. 83 tom. II, pag. 241.

inercia, en esa pesada y muerta atmósfera casi comparable con el vacío, nadie adivina cuándo ni de dónde se han de levantar.

Gran novedad ha sobrevenido desde el último aniversario, á la cual atribuyen suma importancia los hombres apasionados ó superficiales; y es la eleccion de soberano, ó como adelantan algunos, no sé si creyéndolo ó no sinceramente, la inauguracion de una nueva dinastía. Los males de la interinidad, los peligros de la anarquía, la vuelta á lo pasado, las zozobras de lo futuro, se conjuran con esto de una vez á los ojos de los tales optimistas; y la revolucion misma, despues de conferir su solemne bautismo al poder naciente, se retira segun ellos á buen vivir y renuncia á ulteriores mudanzas, prestándole sumision irrevocable. Llenada la silla del trono, todo simultaneamente se llena, necesidades, aspiraciones, vacantes de cosas y de personas: se afianza el órden, y con el robustecimiento de este se hace posible la libertad. Brotan conservadores dentro del círculo revolucionario, y los partidos se preparan y organizan para entrar en ese turno pacífico del régimen constitucional, tantos años hace prometido y jamás realizado. Nace por fin, dando un gran paso en la perfectibilidad de los gobiernos con asombro de la Europa, la monarquía democrática.

Novus ab integro sæclorum nascitur ordo.

Esperanzas dignas por lo ilusorias del entusiasmo y universalidad de los vítores que acaba de recoger el que las inspira en su exhibicion por las provincias del oriente de España, y de la verdad de las crónicas oficiales! ¿En qué se diferencia el reinado de Amadeo de la regencia de Serrano? ejerce mas iniciativa respecto de sus consejeros? influye mas en la marcha de los negocios su carácter personal? ofrece mayores garantías de fidelidad en el ejército, de respeto en los partidos, de sosiego en la nacion? se halla mas al abrigo de cualquier golpe de mano intentado dentro ó fuera? adquiere mas augusto y venerable sello de legitimidad? fija un clavo mas seguro en la rueda sin cesar volteante de la soberanía nacional? Lleva corona, habita

el regio palacio y tiene corte; pero esto no sé, aun sin preguntárselo á los republicanos, si es adelanto ó si es retroceso. Por lo menos se ha hablado ya tanto de *ascendentes secretos*, de *manos ocultas*, de *obstáculos* y *misterios*, que á la menor crisis que sobrevenga resucitarán los tiempos de Isabel II. ¿Estará mas á prueba de desaires que entonces el dinastismo de los repudiados? ¿Sabrán discernir mejor en sus luchas oposicionistas los tiros asestables al gabinete de los que alcanzan al gefe del estado? Cuando se gozan los cortesanos nuevos en encarecer el débil arraigo adquirido en tanto tiempo por el trono que sucesivamente explotaron y demolieron, y las escasas huellas que de su larga existencia ha dejado, no advierten, menguados! que juntamente con la medida de su propia lealtad, dan al improvisado trono amargas lecciones de la fragilidad de las cosas y siniestros vislumbres de su futuro destino.

Nada ha ganado pues la situacion en estabilidad ni en condiciones normales desde el postrer octubre: el decantado coronamiento del edificio nada ha añadido de solidez á las bases ni de aplomo á las columnas; y así se bambolea todo despues de recibida la última mano, como antes puesto todavía en amazon. Las cuestiones mas incidentales se hacen de vida ó muerte, afectando lo esencial del organismo, y poniendo en perpetuo peligro las *conquistas* y los conquistadores; ahora mismo, y vá ya para dos meses, la candidatura de presidente del congreso absorbe la actividad de los partidos y de cada una de sus fracciones, como si se tratase de la suprema batalla; y mas ansias, mas intrigas, mas discordias cuesta la codicia de aquel sillón que no costó meses pasados la del sillón real, trayendo acaso rompimientos y evoluciones que pudieran comprometer la firmeza del segundo. Los conservadores de lo de hoy se prometen remediarlo todo con su ciencia eminentemente práctica; y á ejemplo de las compañías de *primo cartello* que durante el verano abandonan desdenosamente el escenario á las de la legua para volver á funcionar en la estacion del buen to-

no, prepáranse pasadas las vacaciones á desalojar del poder á los infelices radicales y á tomar pacífica posesion de él á título de indisputable supremacía. Niéganse á reconocer posible de asiento y con formalidad á un ministerio Ruiz Zorrilla, en un país donde tanto han contribuido á hacer posible al rey Amadeo de Saboya. No diré si lograrán ó no el objeto de sus votos, mas no temo afirmar que toda su habilidad y perseverancia en el gobierno como en la oposicion no bastarán á destruir el irreconciliable antagonismo de su sistema con el origen y carácter de la recién creada monarquía. Siempre que en los consejos de Isabel II se creia descubrir tendencias reaccionarias, clamábase que la reina no podia dejar de ser liberal sin suicidarse, que inclinarse al absolutismo era abdicar en don Carlos representante natural de aquel. ¡Y no se les ocurre que en tratando de afianzar el orden moral, de regular el movimiento, de reparar males, de emprender mejoras para las cuales carecen de mision y de eficacia, por fuerza ha de gritárseles de todos lados: *paso á la restauracion!*

La revolucion, si es que jamás tuvo verdadera índole de tal la de 1868, se ha visto en el trance de modificarla para vivir, y no ha podido alargar su curso sino desnaturalizándose. Ha economizado sus fuerzas, se ha ido á la mano en ciertos excesos, hasta ha manifestado propósitos de cambiar de vida y tomar hábitos de sensatez, á fin de tirar adelante con su quebrantada existencia; pero sobre los cálculos prevalecen los instintos. Si por un lado la empujan unos ácia la derecha hasta hacerla casi confundir con el orden de cosas que vino á derrocar, se esfuerzan otros, y son los mas, en precipitarla por la pendiente opuesta en los abismos sin fondo de una democracia indefinida. Ya cansadas de aguardar arma al brazo se disuelven las huestes republicanas; ya se emancipan de sus contemporizadores gefes las intransigentes masas y van á engrosar en tropel las legiones de la Internacional. Desde el gobierno provisional de hace tres años hasta el paseo triunfal de Amadeo I se ha corrido un grande es-

pacio en las regiones del poder; pero hoy como entonces abrumba cruel ansiedad los espíritus, reaccionan los principios contra los hechos, reclaman satisfaccion las mas perentorias necesidades, y cierran los caminos pavorosas esfinges dando á escoger entre la muerte ó la solucion inmediata de sus problemas.

No se diga que cabe larga vida en la revolucion, por mas que haya consumado su trienio; para unos ha muerto ya, para otros todavía tiene que nacer. De ese estado medio, que se prolonga á fuerza de vergonzosas transacciones y de absurdas inconsecuencias, no puede salir sino para perder su vano nombre ó para adquirir su terrible realidad. Por lo demás siga enhorabuena dominando la nacion, ya que el abatimiento del espíritu público lo consiente, con tal que la sociedad como hasta aquí la rechace: el dia que se lograra su consolidacion en España, aunque fuera á trueque de una paz y de una prosperidad aparentes, aquel dia deberíamos desesperar de nuestra patria.

J. M. Q.

LA MORAL CATÓLICA

POR ALEJANDRO MANZONI

traducida del italiano.

CAPÍTULO XII.

SOBRE LAS COSAS QUE DECIDEN DE LA SALUD
Y DE LA CONDENACION.

«El poder atribuido al arrepentimiento, á las ceremonias religiosas, á las indulgencias, todo se habia reunido para persuadir al pueblo de que la salud ó la condenacion eterna dependian de la absolucion del sacerdote, y este fué tal vez el golpe mas funesto descargado sobre la moral. La casualidad, no ya la virtud, fué llamada á decidir de la suerte eterna del alma del moribundo. El hombre mas virtuoso, aquel cuya vida habia sido la mas pura, podia ser herido de muerte repentina en el momento en que la ira, el dolor o la sorpresa le habian arrancado una de estas palabras profanas que el uso ha hecho tan comunes, y que segun las decisiones de la Iglesia no pueden proferirse sin caer en pecado mortal; entonces su condenacion era eterna, porque no se habia hallado presente un sacerdote para aceptar su penitencia y abrirle las puertas del cielo. El hombre mas perverso, el mas manchado de crímenes, podia por el contrario experimentar una de estas conversiones pasajeras á la virtud que no son estrañas en los corazones mas depravados, podia hacer una buena confesion, una buena comunión, una buena muerte, y tener seguro el paraíso.»
Pág. 417, 418.

Estas objeciones recaen en su mayor parte sobre la doctrina que se ha defendido en el capítulo IX,

por lo cual á él nos remitimos. Aquí no se hará mas que discurrir sobre algunas suposiciones. La opinion errónea de que la salud y la condenacion eterna dependan de la absolucion del sacerdote no es conocida en Italia. Aquí se cree que la salvacion depende de la misericordia de Dios y de los méritos de Jesucristo, aplicados al alma que ha conservado la inocencia obtenida en el bautismo, ó que la ha recobrado por medio de la penitencia. La autoridad del sacerdote de absolver de los pecados se funda tan claramente en las palabras del evangelio, que repetir las es atestiguar su evidencia: *A los que perdonáreis los pecados, perdonados les son; y á los que se los retuviereis, les son retenidos* (1). Pero nadie ha oido nunca que la salud dependa de la absolucion, de modo que no pueda esperarla quien se halle imposibilitado de recibir este insigne beneficio. Además de que puede el hombre conservar durante toda su vida la inocencia, no cometiendo ninguna de aquellas culpas que le enemistan con Dios (y aunque el mundo no los conozca no ha cesado de haber justos que pasan sin tener participacion en sus obras), además de esto enseña la Iglesia, y creen todos los católicos, que la penitencia aunque carezca de la absolucion, con tal que vaya acompañada del deseo de la misma y de la contricion, es aceptada á Dios. Al dejar á los ministros la autoridad de absolver ¿habria nunca querido hacer imposible en ciertos casos el perdon? y pueden nunca los dones hechos á la Iglesia ser en menoscabo de su omnipotencia y su misericordia? y porque se digna emplear la mano del hombre, se atará con ello la suya, y quedará por ello encogida de modo que no pueda salvar á los que ha convertido á sí (2)?

Aun cuando hubiese nacido esta falsa persuasion, ciertamente no podia dimanar de la primera ni de la tercera de las razones aquí aducidas. No del poder atribuido al arrepentimiento, porque este poder haria aun menos necesaria la absolucion á una alma convertida ya á Dios: no del poder atribuido á las indulgencias, porque nadie atribuyó nunca á estas el de salvar de la condenacion eterna. Tocante á las ceremonias religiosas nada digo, por no saber á cuales precisamente se pretende aquí aludir.

Está tan distante la Iglesia de sospechar que la casualidad y no la virtud pueda decidir de la suerte eterna del alma del moribundo, que aquella ni aun conoce esta palabra casualidad. La Iglesia no atri-

buye á la casualidad el estar ó no en estado de gracia, ni el morir en un momento mas bien que en otro. Si el hombre virtuoso cae en pecado, no es efecto de la casualidad sino de su voluntad perversa; si muere en pecado, es un terrible y justo juicio.

La Iglesia no supone pecado mortal alguno compatible con la conservacion de la virtud: por esto si el justo pasa á ser pecador, es precisamente la virtud, esto es, el haberla abandonado, que decide de la suerte de su alma. *En cualquier dia que el justo pecare, su justicia no le librárá* (1).

Pero no se comprende el verdadero espíritu de la Iglesia, ni aun se da en mi concepto una idea exacta de la naturaleza del hombre, si se supone que tan facilmente decaiga de la justicia realmente conseguida, si quiere creerse que una muerte impenitente y la condenacion eterna sean consecuencia natural de la vida la mas pura. Ciertamente que el justo puede caer: la Iglesia se lo recuerda para que esté en vela y sea humilde, para que tema y espere, porque esto es una verdad. Si no pudiese caer, ¿seria esta una vida de prueba? Si no pudiese ser vencido, ¿dónde estaria el combate? Si á cada momento no tuviera necesidad del auxilio divino, ¿qué sucederia? ya no deberia orar. La Iglesia quiere quitar al justo la presuncion, no la confianza. Como! ella que solo habla á los pecadores de conversion y de perdon, de penitencia y de consuelo, que les recuerda los dias felices que se pasan en la casa del Padre, ¿querria despues contristar á los inocentes presentando su estado como sin firmeza y sin apoyo? No aconseja la Iglesia la esperanza, sino que la pide. Ella dice á todos que *obren su salud con temor y con temblor* (2), pero dice tambien que *Dios es fiel, y no permitirá que sean tentados mas allá de sus fuerzas* (3), y no cesa de repetir á los justos que *el que comenzó en ellos la obra buena la perfeccionará hasta el dia de Jesucristo* (4).

Las decisiones de la Iglesia de que se caiga en pecado mortal pronunciando ciertas palabras profanas que el uso ha hecho tan comunes, no están aquí citadas ni yo las conozco; y para hablar de ellas es preciso conocerlas. Es tan circunspecta la Iglesia en estas distinciones de pecados, tan castigado es su lenguaje, que seria muy importante el ver como

(1) Ezech. xxxiii, 12, citado en la pág. 198.

(2) *Cum metu et tremore salutem vestram operamini.* Paul. ad Philipp. ii, 12.

(3) *Fidelis autem Deus est, qui non patietur vos tentari supra id quod potestis.* Paul. i ad Corinth. x, 13.

(4) *Confidens hoc ipsum, quia qui cepit in vobis opus bonum, perficiet usque in diem Christi Jesu.* Paul. ad Philipp. i, 6.

(1) *Quorum remiseritis peccata, remittuntur eis; et quorum retinueritis, retenta sunt.* Joan xx, 23.

(2) *Ecce non est abbreviata manus Domini, ut salvare nequeat.* Isai. lix, 1.

haya podido descender á estos pormenores y tratarlos con el imperio y la dignidad que le corresponde. De todos modos el justo de la Iglesia, nutrido con los pensamientos santos y magnánimos de la otra vida, acostumbrado á dominar toda suerte de apetitos sensuales, atento á regular todos sus actos conforme la razon y la prudencia, el justo de la Iglesia tiene la guardia en su boca (1). En los tiempos de calma y de silencio de las pasiones fortifica su alma contra la cólera y el dolor; ruega estar siempre tan sobre sí que para él no haya sorpresa; si cae en ella le es motivo de humildad y de nueva y mas solícita oracion. Yo no sé quien pueda enseñar que una de aquellas palabras profanas destruya el reino de Dios en una alma; lo cierto es que allí donde Dios reina la lengua es pura y grave, y que la Iglesia no quiere educar á los hombres á seguir el uso comun, ni á habituarse al uso de espresiones vulgares, apasionadas, inconsideradas; sin objeto ni dignidad.

Tocante á la conversion momentánea del hombre perverso á la virtud, bastante se ha tratado de ello, tal vez demasiado, en el capítulo ix.

EL VALOR CATÓLICO EN LOS ESTADOS-UNIDOS.

De una conferencia dada en Tolosa por el arzobispo de Nueva Orleans, Mons. Perchez, francés de nacimiento que despues de una ausencia de mas de un tercio de siglo visitaba á sus compatriotas postrados por tantas y tan graves desgracias, tomamos los siguientes párrafos que encierran útiles enseñanzas aplicables á todos los países:

«En Francia hay todavía cierto número de católicos, de verdaderos católicos, de católicos prácticos, y hasta diré mas, de católicos devotos. Se ora pues, se comulga, se practican algunas buenas obras, y esto está muy bien, porque ¿qué cosa buena podria conseguirse sin los ausilios de la gracia de Nuestro Señor que mana de los sacramentos y de la oracion? Es preciso pues ante todo, sobre todo y siempre, orar. Mas esta verdad incontestable no se opone á la certeza de otra verdad, es á saber, que debemos obrar, obrar energicamente, cooperar á la gracia, corresponder á los designios de Dios trabajando, por cuantos medios estén á nuestro alcance, para realizarlos; en una palabra, obrando, entendedlo bien, obrando y con la mayor energía. Nuestro Señor lo ha dicho repetidas veces en el evangelio, y tambien lo dice aquel adagio, muy cristiano por cierto, que vosotros no ignorais: *ayúdate y el cielo te ayudará.*

«Nuestros americanos conocen tambien este refran; mas permitidme que os diga que lo saben practicar mejor que vosotros.

«En Francia estabais acostumbrados en tiempos que pa-

saron ya, á ser protegidos, ó al menos respetados como católicos. No teniais necesidad de intervenir personalmente para hacer valer vuestros derechos; dejábais que otros lo hiciesen por vosotros. Y de ahí ha venido esa desidia, ó si os parece mejor, esa deplorable paciencia. Sí, esa paciencia es falsa; mas aun, es peligrosa. ¿No es altamente vergonzoso que soportéis, sin protestar siquiera, que un miserable presumido ataque insolentemente por puro capricho vuestra fé, critique vuestra religion y procese en cierto modo vuestra conciencia? ¿No lo es tambien oír á un insolente juzgar al mismo papa, esto es á vuestro guia y á vuestro padre, y no protestar con santa indignacion? Ya seais dos, tres, cuatro, diez, veinte, treinta; uno solo que sea audaz puede atacaros en lo mas íntimo de vuestra alma, y vosotros nada teneis que responderle!

«Con semejantes hábitos de indolencia vencidos siempre en la vida privada, lo sereis igualmente en la vida pública! Esa falta de iniciativa y de organizacion es tan desastrosa, que en una ciudad tan populosa y buena como Tolosa, algunos centenares de malvados un poco atrevidos, por mas que en el fondo sean cobardes, podrán hasta ser capaces de haceros temblar. Vosotros no os fijais en que todo ha cambiado, gobiernos, costumbres, circunstancias, y que de ningun modo puede permitirse hoy lo que hasta cierto punto podia consentirse en los tiempos antiguos.

«¡Ah! ciertamente no sucede así en América. Nuestros católicos jamás han sido adulados por el poder, y por lo tanto tampoco son ellos víctimas de esa ilusion de que es preciso *dejar hacer*, dejar violar sus derechos por los particulares y hasta por los gobernantes. Sus derechos de católicos, esos derechos sagrados é inalienables los defienden, por el contrario, por todos los medios que la conciencia no reprueba ó mas bien que la conciencia prescribe. Ellos sostienen sus derechos por medio de la palabra en las asambleas así privadas como públicas; los sostienen por medio de la pluma en los libros, en folletos, en los periódicos. El mismo que tiene el honor de dirigiros la palabra, hace ya veinte y cinco años fundó un periódico con este objeto. ¡Ah! ¿creeis por ventura que porque vivimos en un país en que todo se puede decir y en que la mentira reivindica el derecho de seducir á los hombres, como la verdad tiene realmente el de iluminarles, creeis, pues, que por esto hemos de estar cruzados de brazos, y mudos por temor de manifestarnos, y dejar así propagar el error sin oponerle obstáculos? Lejos de esto. Nuestros católicos saben que son tambien ciudadanos y reivindican los derechos de tales, y cuando se menosprecia ó intenta violar uno de ellos, lo defienden por sí propios. Ciertamente no se dice de ellos lo que á veces se dice en Francia de vosotros: «¡Oh! son tan buenos que todo nos lo dejarán hacer; podemos obrar á nuestro gusto, derribar sus instituciones, hacer cuanto nos plazca, sin tener nada que temer; porque los católicos son como los corderillos que siempre se dejan trasquilar y hasta conducir al matadero.» ¡Ah! esto no se dice en América. Los católicos están, por el contrario, siempre velando, dispuestos á defenderse y sobre todo á defender á sus pastores, esto es, á los sacerdotes. Se defienden por medio de la palabra y con la pluma, segun os he dicho, y hasta en caso de necesidad saben apelar al revolver. Lo dicen, y se sabe que están dispuestos á obrar lo que dicen. Han debido mostrarlo todo en los primeros tiempos, y lo han mostrado.

(1) *Pone, Domine, custodiam ori meo.* Ps. cxl, 3.

«Un día centenares de furiosos rodeaban mi habitación y amenazaban mi libertad para dificultar mi ministerio. En Francia se hubieran contentado lamentándose del hecho, y á lo mas hubieran levantado las manos al cielo para rogar por mí. En América se oró, pero se hizo además otra cosa. Veinte ó veinte y cinco católicos acudieron á mi casa armados de cuchillas, carabinas y revolvers, ocuparon los puntos mas vulnerables, y hasta llegaron á establecer avanzadas. Se les vió pues desde luego dispuestos á dar su vida en mi defensa, y reflexionando los opresores, se retiraron.

«Nada hay tan fuerte, hermanos míos, como un católico: un hombre de fé no teme la muerte. Y esto se comprende. Un malvado que cifra toda su esperanza en la vida presente y que á pesar de todo por razon de su mala vida teme tambien, cuando menos un poco, la vida futura, debe necesariamente temer la muerte; y en esto es consecuente consigo mismo, puesto que la muerte le ha de arrebatar lo que busca y por lo cual suspira, y le hará comparecer ante su juez. Un católico, por el contrario, ve en el fin de su vida el comienzo del cielo, y siendo así, ¿porqué temer la muerte? No, nadie hay mas valiente que un verdadero católico. ¿Cuáles han sido los verdaderos valientes en nuestra desgraciada guerra? Los católicos, Bretones y otros.

«Hay todavía otra cosa que da fuerza á nuestros católicos, esto es, su union, su mucha inteligencia, su organizacion en asociaciones religiosas y hasta políticas de distinto género. En Francia cada católico va por su lado, y hasta á veces forma parte de un partido ó fraccion para ir contra los mismos católicos. En América esta division se halla entre los protestantes; mas nada de esto conocen los católicos. Uno es católico, y está dicho todo; católico como el papa, católico siempre con el papa. Por este medio tan sencillo entre nosotros todos estamos de acuerdo. Y la union produce la fuerza.»

ASAMBLEA CATÓLICA DE MAGUNCIA.

El 10 de setiembre por la noche se inauguró en Maguncia la 21.^a asamblea general de los católicos alemanes, con asistencia de muchos centenares de personas, entre las cuales se veian notabilidades de todas las comarcas germánicas. Allí estaban el conde Alfredo de Stolberg, Hafeubredl de Baviera, Wolf y Baudry de Colonia, Reichmann de Wiesbaden, Linksen de Aquisgran, Schroeter, Hattler de Augsburgo, el conde Arco-Zinnberg de Munich, el baron de Wambolt, Loe, el conde Waldersdorff y otros muchos. Era esperado el ilustre obispo de Ermeland reverendo Sr. Kremetz, y habia llegado ya á Maguncia el reverendo señor Bandri obispo de Colonia.

El célebre canónigo Mouffang, como presidente de la comision preparatoria, abrió la sesion con un elocuente y caluroso discurso. El eminente orador felicitó á Maguncia por la honra que tenia en dar hospitalidad á la Asamblea, y afirmó que si aquella ciudad no es la residencia del primado y es solo una sede sufragánea, el pueblo aleman no olvidará su antigua gloria y que ella fué la cuna de la fe en Alemania. En seguida el Sr. Mouffang habló del papa, describiendo con vivos colores la situacion á que le han reducido las iniquidades piemontesas. «Cuando la cabeza sufre, los miembros tambien padecen: tambien nosotros, decia el ferviente orador, estamos oprimidos; tambien se nos niega el ejercicio de los derechos que son nuestra garantia;» y el Sr. Mouffang aludió al torrente de injurias, de ultrajes y

amenazas que la prensa vomita contra los católicos. «Y no solo es la prensa, añadia, culpable de estas violencias: pero todas ellas se estrellarán contra la estrecha union del pueblo, del clero y del episcopado, la cual es un fuerte muro que se levanta en defensa de la causa de la Iglesia. Y contamos con otra cosa importante, proseguia el orador: desde hace veintitres años, somos muchos, somos una fuerza; representamos catorce millones de alemanes, que no son la peor parte de la nacion.» El orador terminó hablando calurosamente de la patria y de la asociacion católica, y fué interrumpido con grandes aplausos durante todo su discurso, del cual la prensa no publica todavía mas que un pequeño extracto.

Hablaron despues que el Sr. Mouffang el Sr. Hor de Hambourg y el Sr. Schorderet de Friburgo, que en nombre de la asociacion suiza de Pio IX saludó á la asamblea en estos términos: «El Rhin, que corre tranquilo y magestuoso por las llanuras de Alemania, me recuerda á mi patria. La patria es un gran nombre que significa una cosa mas grande todavía. La patria suiza son nuestras fronteras intactas en esta gran lucha, es la neutralidad que se asienta gloriosa sobre las cumbres del Jura y las orillas del Rhin: la patria son nuestros valles, nuestros lagos, es nuestra historia con nuestros gloriosos campos de batalla: la patria es mi hogar, es mi madre; es la libertad, la libertad de la verdad; sí, es la libertad de creer en la infalibilidad y de practicar públicamente mis creencias. ¡Ojalá el Rhin y el Ródano, que descienden de nuestras heladas cumbres, traigan siempre á la memoria que Suiza es la patria de un pueblo libre! Sin libertad, la patria se llama Polonia. ¡Ojalá el Rhin y el Ródano lleven á Alemania y á Francia el recuerdo de la libertad de la Iglesia! Si la libertad de la Iglesia falta á un pueblo, la patria es la invasion sacrilega de la tiranía, y como Polonia y como Roma, se convierte en tierra de destierro, de persecucion, de martirio: mas vale el destierro ó el dolor, mas vale la muerte, que la patria sin libertad.

«Saludo en nombre de Suiza á Alemania, que es todavía el pais de la libertad; saludo en nombre de la católica Friburgo á la católica Maguncia, la ciudad de Guttemberg, la ciudad que ha dado al mundo el gran arte que hace hoy de la prensa una de las primeras potencias del mundo. ¡Reciban Alemania y Maguncia el saludo de la patria en nombre de la asociacion suiza de Pio IX!» Este discurso fué acogido por entusiastas aclamaciones.

El lunes por la mañana, los católicos de la asamblea se congregaron en la catedral. El señor obispo de Maguncia ofició. Despues empezó la reunion con un magnífico discurso de Mouffang sobre las ideas modernas. Constituida la mesa de la asamblea, el canónigo Haffner leyó la respuesta del papa á la carta que le habia sido dirigida para implorar su bendicion, y que decia así:

«PIO IX, PAPA. Amados hijos, salud y bendicion apostólica: Conociendo con cuanto celo y firmeza habeis seguido trabajando por la union de la Alemania católica en estas dificultosas circunstancias, y defendiendo los derechos de la religion, hemos sabido con satisfaccion que ibais á celebrar una asamblea general en la ciudad de Maguncia. Puesto que las reuniones aisladas han resistido tan energicamente los ataques de la impiedad, uniéndoos mas y en el nombre de Dios, obtendreis gracias mas abundantes y nuevas fuerzas, y con estos esfuerzos comunes adquirireis armas mas poderosas para reñir las batallas del Señor. Nos le suplicaremos que derrame abundantemente sobre vosotros su espíritu y su fuerza, y que dirija vuestros trabajos y empresas de tal manera, que os halleis en estado, no solo de oponeros como un muro á los enemigos de su nombre, sino de dar cima á pesar de todos los obstáculos á vuestros cristianos proyectos. Y como señal de la gracia del Altísimo y prenda de nuestra paternal benevolencia os damos amorosamente á vosotros y á toda la reunion la bendicion apostólica. Dada en Roma, en San Pedro, á 14 de agosto del año 1871, 26.^o de nuestro pontificado. —PIO IX, PAPA.»

El lunes por la noche monseñor Ketteler pronunció un discurso acerca del falso liberalismo, espresándose con gran elocuencia y vigor.

En la sesión tercera se dió cuenta del estado de las comisiones alemanas. Un delegado del señor obispo de Paderborn, presidente de la sociedad de San Bonifacio (*Bonifacius-verein*) leyó un interesante informe sobre los resultados obtenidos por ella. Desde su fundación la sociedad de San Bonifacio ha creado 240 misiones y 260 escuelas. En 1869 los ingresos se elevaban á 130,000 thalers, y en 1870 á 121 mil. Pero hay todavía en Alemania 150,000 católicos que no pueden cumplir sus deberes religiosos: 21,000 niños católicos se ven obligados á ir á las escuelas protestantes, por no tener otras. ¿Cómo remediar este triste estado de cosas? Son necesarios 320,000 thalers para atender á las necesidades más indispensables, lo cual se conseguirá si muchos católicos ingresan en la asociación.

Después de haber hablado el Sr. Grimm acerca de las asociaciones católicas de los países Rhinianos, el Sr. Speil expuso la necesidad de que haya santos, verdaderos cristianos, para que la sociedad se salve; y el Sr. Bareis comerciante de Friburgo manifestó las ventajas obtenidas por las congregaciones de comerciantes jóvenes.

Respecto á las misiones extranjeras, de que luego se trató, resultó de los datos que allí se publicaron que Alemania contribuye á la propagación de la fe con 66,000 thalers anuales, de los cuales 55,000 son distribuidos en la misma Alemania por los obispos, y 6,000 se dedican á la impresión de los *Anales* y otros gastos, de manera que las misiones extranjeras no perciben en realidad de Alemania más que 6,000 thalers, mientras que Francia contribuye con 980,000 thalers.

El Sr. Cahensly comerciante de Limburgo refirió lo hecho por el comité de socorros á los alemanes que emigran á América, y cuyo número en los dos últimos meses ha sido de 71,280. La falta de recursos ha impedido á la sociedad fundar misiones en Brema, Hamburgo y Anvers, por lo cual se recomendó á la Asamblea que la favoreciese, hablando con este motivo de la cuestión social el señor Schorlemer, quien encareció la necesidad de favorecer las sociedades cristianas que tienen por objeto mejorar física y moralmente la suerte de los trabajadores.

El Sr. Auer profesor de Ratisbona hace un interesante relato de la asociación pedagógica, de la cual forman parte en Baviera cuatro mil profesores. Recomienda á la atención del Congreso esta sociedad, que tiene por objeto la educación cristiana de la juventud.

Augusto Lieber de Camberg estudiante de medicina, habla en nombre de la asociación de estudiantes católicos de Alemania de que forma parte, y cuya divisa es: Catolicidad, ciencia, alegría (*frohsinn*). En Breslau, Munich, Tubinga é Inspruk hay asociaciones parecidas. Estos jóvenes cristianos rechazan la ciencia de un profesor infalible opuesta al papa infalible. «Nosotros nos hemos decidido contra el profesor infalible.» Dos individuos de la asociación fueron comisionados para ir á Roma á felicitar al padre santo con ocasión del jubileo del 25º aniversario: llevaban un mensaje firmado por todos los individuos de la asociación.

El Sr. Potthoff, predicador de la corte de Dresde, explica á la Asamblea la situación religiosa de la Sajonia real. Intolerancia de la ley que ve peligros para el estado en los estatutos de las cofradías y un ataque á la constitución en la traslación de una reliquia de una iglesia á otra, que por medio del ministro aconseja decir la misa después del medio día, que exige de los que quieren convertirse al catolicismo que oigan dos sermones protestantes después de lo cual el predicador puede solo concederle un *exeat*: tales son las sombras de la situación. Los buenos ejemplos dados por la familia real son uno de los puntos consoladores. En 1866 se quiso obligar al rey á educar al heredero del trono en el protestantismo: el monarca se opuso enérgicamente á ello, reclamando para él la libertad de conciencia. La alta nobleza así como el pueblo católico son muy afectos á la Iglesia. Hay en Dresde un casino católico y un periódico semanal, y el espíritu religioso mejora de un año para otro.

El Sr. Alberdingh Tym de Lovaina describe á la Asamblea el entusiasta afán con que la población católica de Bélgica y Holanda ha acogido los decretos del concilio. La tradición del país aceptaba ya la creencia en la infalibilidad del

magisterio pontificio. Puede probarse por medio de los anales de la universidad de Lovaina, que jamás se ha defendido allí una tesis en sentido contrario á la infalibilidad del papa. Tampoco en Holanda ha sido jamás atacada esta creencia.

Lo más notable de la sesión fué la lectura de una carta del insigne obispo de Ermeland recibida en la Asamblea. La carta, que termina con las palabras: «*Si Dios con nosotros, ¿quién contra nosotros?*» fué acogida con atronadores aplausos y un triple viva: pero el entusiasmo llegó al colmo cuando el presidente continuó leyendo: «Ha concluido el tiempo de hablar; ahora se necesitan obras. Debemos recoger con valor el guante que se nos ha arrojado al rostro.»

El 15 celebró la cuarta y última sesión pública el congreso católico de Maguncia, en la cual el profesor Crüfinger de Salzburgo habló de la necesidad, más apremiante hoy que nunca, de socorrer al sumo pontífice. «Si los gobiernos quieren, decía el orador, cegar las fuentes de la revolución, es preciso que combatan la impiedad. La circunstancia de que Roma sea atacada por todas las fuerzas revolucionarias, debe convencer á todo hombre de buena fe, de que allí se combaten los derechos más sagrados de la legitimidad. En todas partes el derecho sigue la suerte que tiene en Roma. Si se reconoce la caída del más legítimo de los tronos, ¿cómo han de impedir los gobiernos que en sus propios estados sean hollados derechos menos venerables y vengan al fin á ser presa de la violencia revolucionaria?» El orador terminó haciendo juiciosas observaciones sobre el principio de las nacionalidades, y saludando á Pio IX como mártir y triunfador.

El Sr. Kehler, consejero de la legación de Berlín, habló sobre el origen, organización y objeto de la sociedad de San Vicente de Paul, y sobre los obstáculos con que ha luchado, especialmente en Francia en tiempo de Napoleón III; y después pronunció un elocuente y caluroso discurso el señor Mayunke, redactor de la *Germania* de Berlín: «Ha empezado una guerra á muerte, dijo. Cada uno de nosotros debe procurar realizar lo que se ha resuelto aquí. Basta de palabras: vengan las obras, la práctica, por la prensa, por las asociaciones, en todo y en todas partes. Que nuestro trabajo principal sea secundar al episcopado. Nuestros enemigos temen la fuerza de nuestros obispos. Estos son los que dirigen las relaciones con los gobiernos; nosotros nos agruparemos á su lado en falanges cerradas, sin olvidar que la historia del mundo es obra de dos actores: el hombre y Dios que niega ó concede la victoria.»

El presidente del congreso, consejero Baudry, cerró esta última sesión de la asamblea, después que M. Heinrich hizo un resumen de sus tareas, y espuso la conveniencia de esta clase de reuniones. «La asamblea, dijo en su elocuente peroración el Sr. Baudry, nos ha dado fuerza y ánimo para luchar por devolver á la Iglesia la influencia que debe tener en todas las cosas: en la familia, de donde quiere desterrarla el paganismo moderno; en la escuela, dando á los padres el derecho natural y constitucional sobre sus hijos; en el estado, que procura hollar y aniquilar toda clase de autoridad. Pero si la Iglesia ha de reconquistar su influencia, es preciso ante todo que sea libre. Por eso, nuestro primer deber es hacer todo cuanto sea posible por libertar al romano pontífice, que es el centro de unidad. Hemos pedido ante todo, auxilio á nuestros soberanos, que recibieron la espada para proteger los derechos de sus súbditos. Federico Guillermo III nos prometió esta protección al tomar posesión de nuestras católicas provincias del Rin: nuestro rey, actualmente emperador de Alemania, renovó esta promesa en el mensaje de 1867. Por eso nos hemos dirigido á él durante la reciente guerra. No hemos tenido respuesta: no la habíamos esperado, por la razón de que no queremos palabras, sino actos.» El orador termina dando las gracias á la hospitalaria ciudad de Maguncia, la *ciudad de oro*, que tan dignamente ha sostenido su antigua fama.

Después de un triple viva al padre santo, el R. S. Ketteler dió la bendición á la asamblea prosternada.

«Ahora, dice una carta de Maguncia, esperamos sin temor el conciliábulo de los *viejos* católicos (así se llaman los anti-

infalibilistas) y el cumplimiento de las amenazas de monsieur Bismark: los que salen edificados de Maguncia, volverán á verse en los lugares de tormento. Y si es necesario, la Iglesia nacional se ahogará en la sangre de nuestros mártires... Pero el gran canciller del imperio encontrará pronto su Sedan.

CRÓNICA.

El santo padre dijo misa y dió la comunión á multitud de personas el día 8 en la capilla Sixtina. Su rostro espresaba dulce alegría, á la cual no era extraño el hecho de que en aquel día recibía el velo en el monasterio de *Tor de Specchi* su pequeña sobrina la condesa Luisa Mastai. Tres hermanas de esta se preparan á tomarlo también.

Los romanos celebraron con singular piedad, gran concurrencia á los templos, é iluminando sus casas, la fiesta de la natividad de la santísima Virgen. Estas demostraciones sacan en tal manera de quicio á los revolucionarios, que algun papel de la secta llega á pedir que no se permita á los católicos manifestacion alguna de sus sentimientos no siendo en el interior de los templos y en lo íntimo del hogar doméstico. Y aun de este se quiere privarles, que no á otra cosa se camina con la llamada libertad de conciencia. Uno de los medios que al efecto se están empleando es la supresion de establecimientos religiosos. No hay semana que no se firme un decreto suprimiendo alguno, y todavía el día 7 se mandó espropiar diez. «¿No seria mejor, escribe un periódico impío, hacer todo esto de un golpe, *tanquam tabula rasa?*»

Pero las expropiaciones van tropezando con dificultades. Ya no es solo el embajador francés, sino el de Austria quien protesta contra algunas, y también Sir Paget se opone á la del colegio irlandés.

Entretanto que se aplica contra la Iglesia la violencia y el despojo, se da amplia proteccion y soltura á los protestantes. Una sociedad de americanos se prepara á construir en el centro de Roma un vasto templo evangélico, y en la noche del 6 se celebró en medio de un concurso de *buzzurri* una extraña funcion en otro templo protestante ya abierto en la *via de Barbieri*.

El ingeniero Morelli, que dirigia las obras que en el palacio Boreani, donde estaba el ministerio pontificio de comercio y obras públicas, se hacen para destinarlo al consejo de estado, hallábase allí el día 7 reprendiendo al sobrestante porque no se trabajaba en días festivos, y queria especialmente que las obras no se suspendiesen el día de la natividad de la Virgen; y en el momento en que pronunciaba unas palabras poco respetuosas para esta festividad, pierde el equilibrio, cae de la altura de un tercer piso, y en el mismo día de la fiesta de la Virgen es conducido cadáver á la tumba, cumpliéndose así el deseo de que se trabajase.

Los incendios continúan con furor en la península italiana: Mazzini es esperado en Roma; el día 15 la internacional habrá abierto sus sesiones; y el trono de Víctor Manuel está minado de tal modo, que el pobre monarca piemontés ya no se atreve á volver á la ciudad eterna, por mas que sus cortesanos le insten. La internacional nombra allí presidente honorario á Garibaldi, y efectivo á Ricciotti.

Las noticias de Roma alcanzan al 20 de setiembre, día nefasto que celebraron los enemigos del pontificado con toda suerte de demostraciones revolucionarias, hostiles é injuriosas á la santa sede. El municipio y el gobierno usurpador habian dispuesto músicas, iluminaciones, revistas militares y una manifestacion *pacífica* por las calles que conducen á la Puerta Pia, por la cual penetraron las sacrílegas huestes de Víctor Manuel despues de haber bombardeado la ciudad y abierto brecha en la muralla.

El tiempo, que estaba sereno, empezó á nublarse, y al poco rato caía la lluvia, compañera inseparable de todas las fiestas italianas. Las sociedades liberales partieron á las nueve y cuarto del foro Agonale, acompañadas, según habia

anunciado el programa, de una banda de música de la guardia nacional. Ya cerca del Quirinal, se tocó el himno real, pero apenas acabó, se pidió con instancias el de Garibaldi que fué acogido con grandes aplausos. Un chaparron dispersó á los manifestantes, que con sus banderas se refugiaron ¿dónde? en las porterías de los conventos, en el peristilo de San Andrés y aun algunos en la iglesia del Sacramento.

Otros, no asustándose de la lluvia, siguieron hasta la Puerta. Aprovechando el tablado que hay debajo del arco para restaurar los daños causados por las bombas de Cadorna, algunos muchachos que tenían un cesto con flores las arrojaban al pasar las banderas. Junto á la de los artistas iban otras tres banderas mas pequeñas; una turca con la media luna, otra de los Estados-Unidos, y otra ¡qué vergüenza! española, rodeada de algunos, muy pocos, artistas de estas naciones. Fuera de la Puerta se efectuó lo principal de la demostracion. Las banderas fueron sucesivamente llevadas al lugar en que se abrió la brecha, donde habia una inscripcion y varias coronas. Allí se repetían los vivos sin cesar, dándose muchos á Garibaldi. La lluvia impidió que se pronunciaran discursos.

Ni buscando con la linterna de Diógenes, dice un periódico romano, se hubiera podido encontrar entre aquellas gentes una persona distinguida.

Mientras los protestantes y revolucionarios son derrotados en las elecciones de Austria, en Hungría continúa la persecucion á la Iglesia. El ministerio Andrassy, fiel servidor en esta parte del gran canciller del imperio, ha trabajado mucho para que no se publicase en Hungría el dogma de la infalibilidad; y la tardanza de algunos obispos en enviar á Roma su sumision al decreto del concilio, favorecia sus proyectos. Sin embargo, los obispos húngaros, lejos de mostrarse rebeldes á las enseñanzas de la Iglesia, se adhieren á ellas de todo corazon y las predicán á los fieles encomendados á su pastoral solicitud.

Contrariado el gobierno, ha querido intimidar á los obispos, como si el enojo del poder hubiera de retraerles de cumplir sus deberes. El reverendo Sr. Jekelfalusy, obispo de Stuhweissenbourg (Albarel), ha sido llamado á comparecer delante del gobierno. Fué en efecto el anciano prelado cuando su estado se lo permitió, y presentado ante los ministros, que le recibieron á manera de jueces en un tribunal, supo que se le llamaba para dirigirle una *repreesion* en nombre de su majestad imperial y real apostólica, por haber publicado canónicamente el dogma de la infalibilidad en su diócesis. El virtuoso obispo escuchó una arenga que, en este sentido le dirigió el jefe del gobierno conde de Andrassy, y se retiró manifestando que el acatamiento de las disposiciones y decretos conciliares es obligatorio desde que se publican en Roma, y dando á entender á los ministros que el incurrir en el desagrado del César no es motivo para que un ministro de Dios deje de cumplir su deber.

El ministerio húngaro, obrando en nombre de S. M. A. ha intimidado pues á todos los prelados del reino en la persona del R. S. Jekelfalusy, que no enseñen el dogma de la infalibilidad, porque el estado lo rechaza, y sin duda porque en virtud de la libertad de conciencia los obispos no pueden enseñar y los fieles no pueden creer nada sin permiso del gobierno.

Al día siguiente de haber comparecido ante el consejo de ministros el reverendo Sr. Jekelfalusy, los obispos húngaros se reunieron y acordaron publicar una manifestacion declarando que la Iglesia católica en Hungría entiende que disfruta y usará de plena y entera libertad como las demás religiones. Con este objeto dirigirán un *memorandum* á su majestad apostólica.

Los obispos de Austria se reunirán próximamente en Linz para adoptar análogas resoluciones á las de sus hermanos de Hungría.

A principios de la semana entrante se repartirá la 6.ª entrega de los ENSAYOS POLÍTICOS del Sr. Quadrado, correspondiente al mes de agosto.